

Quando corpus morietur  
Fac ut animæ donetur.....

Y no pudo mas.....

Ahogó el artista un grito de dolor y cayó  
pesadamente al suelo.

.....

III.

Mientras que en el convento de Beneditinos se cantaba con gran pompa y solemnidad el *Stabat Mater* de un artista ignorado; mientras el concurso se conmovía escuchando aquel conjunto de notas que voces del cielo semejaban, en el cementerio de la ciudad lloraba una mujer ante una tumba recién cubierta, y un hombre balbucía con voz apenas perceptible los versos del *Stabat Mater*, tras de la obscura reja de un manicomio.



Ave Muerta.

—

Vuelven á ornar del arrayán los tintes  
Al alto encino y la gentil palmera,  
Y ya el calor de la estación pregona,  
Oculta entre las ramas, Filomena.

—

Vuelve el azul del apacible cielo  
Vívido á desplegar su cauda regia,  
Y vuelven los perfumes á los campos,  
Y su verdor á la montaña enhiesta.

—

Todo vuelve, Dios mío! Todo al soplo  
De la nueva estación feliz despierta...  
Menos el ave que, tras crudo invierno,  
Muerta en la nieve halló la primavera!

Vuelvan las brisas del Abril florido  
Y los aromas á los campos-vuelvan...  
¡No más se escuchará su flébil canto!...  
¡Lira es ya rota su garganta yerta!

—  
¡Primavera gentil! no hay en tus galas  
Alguna que la paz volverme pueda...  
¡Mi alma, cabe una tumba de recuerdos,  
Sólo la nieve del invierno espera!



## FRAGMENTOS.

—  
(De la "Leyenda de los muertos.")  
—

Dejó sus nidos abandonados  
en mi ventana la golondrina;  
ya los primeros cierzos helados  
soplan en torno de la colina.

El pueblo se halla triste y desierto;  
con lento ruido la lluvia cae;  
ya las campanas tocan á muerto,  
y amarga pena su acento trae.

Desde el principio de la mañana,  
cuando las sombras desaparecieron,  
cabe la tumba fué la aldeana  
triste llorando por los que fueron.

Lágrimas se hallan sobre las cruces;  
ecos de llanto las brisas traen.....  
¡Hasta las hojas de los sauces  
sobre las tumbas llorando caen!

\* \* \*

Cerré sus ojos azules,  
aquellos ojos de cielo  
que eran espejo brillante  
de su corazón tan bueno.  
Cruzáronsele las manos  
sobre el insensible pecho;  
enciéndéronse los cirios  
que había junto del féretro,  
y todo mi hogar estaba  
como él, silencioso y muerto.  
¿Cuántas horas se pasaron?  
¿Cuántas horas!... No recuerdo...  
Sólo sé que lloré mucho,  
y que desde ese momento  
falta una luz en mi hogar,  
falta una estrella en mi cielo!

\* \* \*

La enlutada del poeta  
la de ojos como dos soles,  
la que fué estrella en su hogar  
y adorno de los salones,  
la que en sus crenchas llevaba  
la obscuridad de la noche

y una aurora en su conciencia  
de virtudes y de amores,  
al llegar del Paraíso  
á las celestes regiones,  
los ángeles le dijeron:  
«No llores, niña, no llores;  
que cuando lloras tu llanto  
los querubines recojen,  
y va á encelarse de tí  
la Virgen de los Dolores!»





## Brumas de Invierno.

A José G. Rostko.

Golondrinas, golondrinas  
que tendéis el raudo vuelo  
tras el calor de otros mundos  
y el arrullar de otros vientos;  
Mensajeras que en la ojiva  
dejáis el nido desierto  
y huyendo vais de la nieve  
la parda bruma rompiendo;  
No vuestros dulces cantares  
ni vuestros suspiros tiernos  
volverán en la mañana  
á despertarme del sueño:

—21—

Ni de mi hogar á la sombra  
caliente hallaréis el lecho  
donde mi mano brindaba  
mies á vuestros pequenuelos.....  
Huis... Voláis á otros mundos  
donde el soplo del invierno  
no atormenta á vuestros hijos  
ni dé á vosotras tormento;  
Volad..... Vosotras podéis  
huir la bruma y el cierzo.....  
Id, y buscad esperanzas  
bajo el azul de otro cielo!

Blanco sudario de nieve  
está á los campos cubriendo:  
no hay aljófara en el musgo  
ni hay esmeralda en el fresno,  
ni aromas en la montaña,  
ni cánticos en el viento.  
Ya no dejan los carámbanos  
libre paso al arroyuelo;  
sedientas las hierbecillas  
inclinan sus tallos yertos;  
tiembla el nido entre las ramas  
desnudas del olmo seco,  
y en todas partes sacude  
su helada melena el cierzo.  
¡Cómo en el alma se abrigan  
los más amargos recuerdos

al ver los campos tan solos,  
al ver tan tristes los cielos!  
¡Dios mio...! cómo también  
llegó de mi alma el invierno,  
y entre confusas ideas,  
y entre vagos pensamientos,  
nubla al sol de mi esperanza  
la bruma de mis recuerdos!

Golondrinas, golondrinas  
que tendéis el raudo vuelo  
tras el calor de otros mundos  
y el arrullar de otros vientos.....  
Volad.....! Vosotras podéis  
huir la bruma y el cierzo.....  
pero del alma ¿quién puede,  
quién puede huir del invierno?



## Las Bodas de Marina

PARA MANUEL PUGA Y ACAL

¿Qué si era bella? Figuraos un busto modelado por Cellini y animado por el soplo de fuego de la juventud; imaginaos unos ojos como deben ser los de las mujeres concebidas en el cerebro de los poetas; daos cuenta de una nariz griega cuyos poros abiertos respiran un no sé qué de incomprensible voluptuosidad; soñad en unos labios de granate contraídos con la graciosa mueca de la más inocente coquetería, y coronad este conjunto con una cabellera sedosa y negra cayendo en

lluvia sobre unos hombros de alabastro, abajo de los cuales se dibuja la curva del apretado seno, cuya línea se prolonga, se prolonga en ondulaciones finísimas para llegar á constituir un todo digno de la figura de una diosa.....

Aquella mañana se había levantado más temprano que de costumbre: echó sobre sus hombros su humilde saya de percal obscuro; recogió con una cinta sus cabellos y fué á reunirse con los demás criados, sus compañeros de trabajo.

—¿Se casa hoy por fin el señorito Alfonso?  
—preguntó á uno de ellos.

La respuesta afirmativa que recibió fué confirmada por el movimiento inusitado que reinaba en toda la casa, é hizo asomar en sus labios una sonrisa de amargura.

Marina había crecido al lado del señorito: jugaron de niños, él al año y ella á que era su criadita; cuando se sentaba á la mesa el pequeño señor, ella permanecía á sus pies recogiendo las bolitas de pan que también jugando le arrojaba Alfonso; se iban al jardín y mientras él dormía sobre el césped, ella le espantaba los insectos que revolaban á su alrededor con amenazador zumbido para cuidar que su molesto aguijón fuera á enrojecer el semblante de su adorado señorito: y si algu-

na vez se le permitía tomar alguna fruta de los árboles de la huerta era toda para obsequiar al señor cuando éste volvía de la escuela sudoroso de tener la frente inclinada sobre la pizarra.

Ya tenía quince años cuando la señorita Herminia fué presentada con la señora madre de Alfonso. Marina vió la falda de seda de la nueva visita y bajó tristemente los ojos sobre su saya de percal obscuro; vió las piedras que adornaban los dedos y las aterciopeladas orejas de la *advenediza*, y enclavijó sus manos desprovistas de todo adorno, y movió la cabeza resignada; los ojos de Herminia se clavaron como saetas impregnadas de desprecio sobre la doncella, y Marina quiso arrojar sobre aquella toda la indignación que rebosaba su alma, pero comprendió su impotencia, y aquel torrente de rabia que sentía en su seno, se desbordó en dos lágrimas silenciosas que fueron á morir á sus propios labios.

Una mañana fué al jardín y oyó voces muy quedas en la enramada; se acercó movida por la curiosidad, y el chasquido de un beso le hizo exhalar un grito de sorpresa. Al mismo tiempo sintió sobre sus mejillas el calor de una mano que la golpeaba, y oyó dos voces diferentes que la decían con acento

opacado por el susto y por el enojo:

—¡Torpe!

—¡Imprudente!

—Largo de aquí... ¡indiscreta!

Torpe.....Imprudente.....Indiscreta.....

Le habían dicho bien. ¿Qué le importaba á ella oír, aunque sin intención, lo que los señoritos iban á decirse al jardín?

Llegó el día de la boda, la ceremonia tuvo lugar en la misma casa; desde muy temprano comenzaron á llegar invitados, lo más granado de la sociedad elegante; se sirvió el banquete del cual ella apenas pudo percibir los olores; los acordes de la música poblaron los salones, y ella, huyendo de aquellas notas que le desgarraban el alma, fué á esconderse al rincón más obscuro de la cocina. Uno de los criados más viejos de la casa se le aproximó y le habló en estos términos:

—Marina ¿no te alegras por la felicidad de los señoritos?

La doncellita contestó con un movimiento de cabeza.

—Pues toma y bebe—continó el viejo criado alargando una botella á la joven— ¡á la salud de los señoritos!

—¡Sí, sí!—pudo decir al fin Marina, tomando con histérica alegría la botella que le alargaban— ¡á la salud de los señoritos!

Y tomó un sorbo que bajó notablemente el contenido de la botella.

Llegaron otros criados, y á cada momento se repetía el mismo brindis con las mismas frases.

Marina sentía que se animaba por instantes; se creía feliz; le parecían menos tristes los acordes de la música, y quiso ver á su señorito en el colmo de la felicidad.

Salió sin que lo advirtieran sus compañeros de trabajos; descendió las escaleras, atravesó la calle y fué á sentarse en el quicio de una puerta, frente á uno de los balcones de la casa por donde un torrente de luz denunciaba el suntuoso baile que estaba en su apogeo en aquellos momentos.

Marina, con los ojos inmensamente abiertos veía pasar en vertiginosas vueltas las cabezas de las damas y los caballeros, oía las carcajadas de alegría que se les escapaban en el colmo de la dicha; percibía el choque de las copas de champagne con que brindaban como ella lo había hecho, y la música, el murmullo de las conversaciones, y el cuadro de felicidades que apenas podía percibir desde la calle, acabaron por embriagarla, por adormecerla, por hacerla olvidar sus penas.....

—Marina ¿tú aquí? ¿en la calle? Tú, mi compañera de infancia, mi verdadera amiga á

quien tanto he amado, con tanto frío y á la intemperie? jamás, amada mía; tú eres la única dueña de mi corazón; ven á disfrutar de mi dicha, y á ocupar el lugar que te corresponde; eres mi verdadera esposa.....Tú eres á quien yo amo.....Ven, Marina, y que todos te reconozcan como mi cariñosa compañera.....

Y Marina creyó sentir que una mano amorosa la acariciaba la cabeza, después sus mejillas, hasta tocar sus hombros..... y oyó una voz dulcísima que le seguía diciendo:

—¿Dudas de mi palabra, hermosa mía? Sí, tienes razón.....¡tantas veces te ultrajé por ella.....! ¡tantas veces te desprecié por Herminia! Pero tú me perdonas, doncellita mía, y serás feliz á mi lado.....Ven.....huyamos de esta sociedad que nos embriaga con sus continuas falsedades.....Vamos á gozar del amor donde no interrumpen nuestra dicha vanas palabras y lisonjas efímeras.....

Y algo como el calor de unos brazos que la estrechaban dulcemente, le embargaban la voz para contestar y le hacían cerrar los ojos con una languidez inexplicable.

—¿No vienes, alma mía? Mira: ya se disipan los rumores del baile; las luces se han apagado poco á poco, la última nota de la orquesta se ha perdido en el espacio como la voz

del ángel que nos cita para que nos unamos.....¿Qué esperarás, esposa mía? ¿por qué tanto retardas mi felicidad, y no me dejas disfrutar de mi dicha?

Fué el calor de un beso el que entonces juzgó sentir sobre sus labios; sintió que sus sienas latían con extraordinaria violencia, que sus fuerzas se negaban á sostenerla por más tiempo, que una dulcísima languidez se apoderaba de todos sus miembros, y cayó suavemente sobre los brazos que ella sentía que le estrechaban.

\* \* \*  
—¿Sabes lo que pasó esta mañana?—Decía la esposa del señorito Alfonso á éste, la mañana siguiente á la boda, mientras se esperezaba en su lecho, y arreglaba sus cabellos bajo el gracioso gorro que los aprisionaba..... Marina, la doncella, ha amanecido muerta frente á los balcones de la casa, y según dice la criada que ha entrado á decírmelo, se cree que fué ahogada por el vino.....¡Pobre muchacha! Tan joven y morir por tan horrible vicio.....!

Alfonso abrió los ojos somnolientos, se removió en las cobijas del lecho y cerrando de nuevo los párpados, no contestó á las palabras de su señora.

Y era verdad lo que ésta había dicho: mien-



tras ambos esposos dormían tranquilos entre las finísimas telas de su tálamo, aquel busto que parecía modelado por Cellini, aquellos hombros de alabastro que mal cubría una cabellera sedosa y negra, aquella curva que después de señalar el apretado seno se prolongaba, se prolongaba en ondulaciones finísimas hasta llegar á constituir un todo digno de una diosa, ostentaban toda su espléndida morbidez sobre la ensangrentada mesa de la plancha de un anfiteatro.



A Clara Bella Guardia.

EN SU ALBUM.

Como blanca gaviota que cruza  
de los cielos la azul transparencia  
y temblando se acerca á la playa  
donde un nido de amores la espera;  
Como el ave gentil que soñando  
en un cielo de luz y belleza  
ha dejado sus frondas oscuras  
por el dulce calor de otra selva;  
Así, artista, dejaste afanosa  
de tu Italia las tibias florestas,

los arrullos de amor de sus auras,  
el rumor de sus brisas ligeras;  
Y en las alas gigantes del genio,  
tras el dulce ideal con que sueñas,  
has venido á mi patria adorada  
que sus besos y arrullos te entrega.

Has dejado aquel cielo apacible  
en donde es cada nube un poema,  
donde tantos ensueños se mecen,  
donde tanta esperanza se encierra;  
Fugitiva de un nido de amores  
que las auras cantábricas besan,  
has venido cruzando los mares  
como dulce y feliz mensajera.  
Ven, artista, también bajo el cielo  
que cobija amoroso esta tierra,  
hay pupilas que lloran contigo  
cuando el llanto tus párpados quema;  
Hay suspiros que surgen ufanos  
de almas nobles que unísonas tiemblan  
con la ardiente y gentil Margarita  
y la dulce y sensible Julieta.  
De tus ojos brotar han mirado  
esa luz misteriosa y serena  
que transforma la estrofa en un himno  
y á ese himno lo cambia en poema;  
Han sentido el dolor de Adriana  
y temblado contigo en Desdémona,  
y su llanto correr han dejado

con el llanto inocente de Ofelia.

Soñadora que traes á mi patria  
de los cielos del arte una estrella,  
¿dónde vas por los silfos mecida?  
¿dónde vas con las hadas, serena?  
¿Vas en busca de luz, de ideales  
con que tu alma de náyade piensa?  
El artista es el dueño del mundo,  
y tú ya de ese mundo eres dueña.

Como blanca gaviota que cruza  
de los cielos la azul transparencia,  
has venido á mi patria adorada  
que sus besos y arrullos te entrega.  
Hoy te ofrece sus cándidas flores,  
y en su efluviio de amor y su esencia,  
deja, artista, que mi último canto  
muera humilde á las plantas de Ofelia.





## NUPCIAL.

(De mis versos viejos.)

Palidece la luz: gime en la sombra  
la selva al aura vespéral mecida;  
se oye del lago la canción sentida  
y el bosque al trino del turpial se asombra.  
Sotocando sus pasos en la alfombra  
de blando césped á sus pies tendida,  
se acerca la adorada de mi vida  
á quien mi labio palpitante nombra.

Me baña con su aliento; en mis oídos  
como un arrullo celestial, resuenan  
de su apretado seno los latidos.....

Y cuando al Orto los albores llenan,  
Ni abre á su luz los ojos adormidos  
Ni la quietud de su descanso apenan.

## Balada de la Madre.

(Imitación del Alemán)

El buho rozó con su ala el alero del te-  
do, y la madre palideció al verle.

—Vóyme á morir,—dijo suspirando—y  
cuando muera, mis hijos no tendrán pan y  
morirán de hambre.

Y llamando á su esposo, le dijo:

—Tu ves que son tus hijos y son hijos míos;  
cuando muera, guárdate de que les falte algo,  
porque ¡ay de tí si carecen!

Y cuando el buho volvió á cruzar por  
sus aires, rozando el tejado y graznando tris-  
tamente, la madre ya no existía.

Tres años después, <sup>\*\*</sup> el padre tenía otro hi-  
jo de segundas nupcias.

—Y los hijos de la primera mujer, no tenían pan y lloraban de hambre.

La madre oyó el llanto de sus hijos desde el cielo y bajó al mundo para enjugar sus lágrimas.

Cuando abrió la puerta de su sepulcro, la luna quebraba sus rayos sobre la piedra, y el viento suspiraba entre las ramas del espino blanco.

Ella, vestida como la nieve tocando apenas el suelo con sus pies descalzos, y vertiendo ardientes lágrimas que quemaban su helada mejilla, emprendió el camino de su antigua choza.

A su paso lloraban las hierbas, gemían los sauces, y los perros aullaban tristemente.

Cuando llegó, el padre y su esposa dormían con su hijo, y los niños de ella lloraban y estaban tristes.

Tocando apenas sus labios helados con el rostro del padre, le dijo:

—Cuando vivía, mis hijos reían y gozaban, ¿por qué ahora lloran y están tristes?

Y tomando en sus brazos al primero de ellos, volvió á emprender el camino de su tumba.

Y á su paso lloraban las hierbas, gemían los sauces y los perros aullaban tristemente.

Cuando volvió al sepulcro, la luna ya no quebraba sus rayos sobre la piedra y sólo el aire zumbaba entre las ramas del espino blanco.

\* \* \*

A la siguiente noche, los padres dormían con su hijo, y los niños de ella estaban en la calle, velando y tiritando de frío.

Y ella, levantando la piedra de su tumba, volvió á emprender el camino de su antigua choza.

En la puerta vió á sus hijos y mezcló su llanto con el de ellos.

Y tocando con sus labios helados el rostro de su esposo, le dijo:

—Cuando vivía, mis hijos dormían con sosiego, ¿por qué ahora velan y tienen frío?

Y tomando al segundo de ellos en sus brazos, volvió á emprender el camino de su tumba.

Y á su paso lloraban las hierbas, gemían los sauces, y los perros aullaban con mayor tristeza.

\* \* \*

A la tercera noche, los padres comían y bebían con su hijo, y el último de los niños de ella, lloraba y moría de hambre.

Y saliendo del sepulcro, volvió á emprender el camino de la choza.

A su puerta encontró al niño casi muriendo de hambre, y besándole lloró con él.

Y acercando sus labios helados al rostro del padre, le dijo:

—Cuando vivía, mis hijos comían alegremente ;por qué ahora no tienen pan y mueren de hambre?

Y tomando al tercero de sus hijos en sus brazos, salió de la choza y se dirigió á su tumba.

\* \* \*

En tanto los esposos, llenos de miedo, comenzaron á llorar amargamente.

Y desde entonces la desolación entró en la choza.

Y ellos y su hijo ya no reían ni gozaban; sino que lloraban y estaban tristes.

Y no dormían con sosiego; sino que velaban y tenían frío.

Y no comían y bebían alegremente, sino que sufrían y tenían hambre.

Pero la madre, habiendo marchado con sus hijos, ya no volvió á la choza.

Alejándose de ella, volvió á emprender el camino de su tumba: y á su paso lloraban las

hierbas, gemían los sauces y los perros aullaban con mayor tristeza.

Y cuando llegó á la tumba, la luna ya no quebraba sus rayos sobre la piedra y sólo el viento lloraba entre las ramas del espino blanco.





## En el Puente de Dios.

(CAMINO DE LA HUASTECA, S. L. P.)

AL SR. GENERAL CARLOS DIEZ GUTIERREZ.

Es abrupta la senda, entre el sombrío  
follaje que conduce á la hondonada,  
por un eterno fuego caldeada  
y húmeda sin cesar por el rocío.

Tiende la fronda el pabellón umbrío  
junto al blanco cristal de la cascada,  
y bajo el alta y natural arcada  
pasa jugando retozón el río.

Cinta de espuma que al bajar se mueve  
como girón de transparente encaje  
que agita el beso de las auras leve,

Al azotar contra el peñón salvaje,  
sólo su grito á interrumpir se atreve  
al augusto silencio del bosque.



## FUEGO DE ESTÍO.

A RUBEN M. CAMPOS.

Ni un sólo punto de cristal: do quiera  
la espantosa aridez de los zarzales,  
mustios están los vastos carrizales  
y huye entre el surco la torcaz ligera.

Sobre la ayer alegre sementera  
tienden su palidez los rastrojales,  
y del sol, á los rayos estivales,  
tiembla caliente el aire en la pradera.

La tosca rueda de la noria, inerte  
yace, olvidada del labriego; el río  
no halla quien dulce su rumor despierte.....

Campo que infunde tan profundo hastío  
es como el corazón que halló la muerte  
¡ay! abrasado por el sol de estío.



### ULTIMOS ECOS

(De mis versos viejos.)

Vago rumor de locos embelesos.....  
sueños de un corazón despedazado.....  
algo como el recuerdo de tus besos.....  
no fué un sueño..... Es verdad..... ¡Todo ha pasado!

La hoja más triste de mi amarga historia  
la dejaste, mujer, para mi daño,  
escrita en el papel de mi memoria  
con la pluma fatal del desengaño.

Y al despuntar la claridad mañana  
no pienses ¡ay! que mi dolor mitiga  
pensar que el corazón te llame hermana  
ó que me dejes que te nombre amiga.

Algo más grande el corazón implora  
al demandar la compasión de tu alma;

algo que expresa cuando triste llora  
la negra ausencia de su dulce calma.  
Tú lo sabes muy bien.....!No necesito  
que oigas de nuevo mi pasada historia,  
cuando la suerte de los dos la ha escrito  
en el libro inmortal de la memoria.

Mírala ahí, mujer.....!Vuelve los ojos  
sobre esas líneas para mí malditas,  
escritas con la hiel de tus enojos  
con la hiel de mi dolor escritas.

Ahí se encuentra de los dos la suerte  
con lágrimas de sangre señalada.....  
instrumentos de amor hasta la muerte.....!  
besos.....olvido .....decepciones.....nada!

Lloras.....? ¿por qué llorar? No puede el llanto  
esas frases borrar de nuestra historia,  
como calmar no puede mi quebranto  
añar con lloro tu inmortal memoria.

Me agobia tu dolor; mas cuantas veces  
veyéndote ¡ay! á mi pasión perjura  
me hiciste apurar hasta las heces  
el cáliz funeral de la amargura.

Cuántas veces, mujer, enternecido,  
triste por reanudar nuestros deshechos lazos,  
me ase á tus plantas, de pasión henchido,  
me he visto en tu propia dignidad hecha pedazos!

Cuántas veces á solas, lo confieso,  
me he visto encendiendo el fuego del amante al hombre,

puse, llorando de pasión, un beso  
sobre las nueve letras de tu nombre!

Pero todo pasó; fué necesario,  
y esto á otras almas servirá de ejemplo;  
ni tú encontraste en mi alma tu santuario  
ni fué jamás tu corazón mi templo.

Y si *adiós* nos dijimos, fué preciso:  
mas nunca llames á tu amante ingrato.....  
¡Yo sobre el corazón llevo tu rizo,  
y en el fondo del alma tu retrato!



## LA NOCHE BUENA DE LA HUERFANITA.

AL SR. LIC. EMILIO ORDAZ.

### I.

¡Qué graciosa era!..... Hoy nadie se acuerda de la pobre niña: como que nada de importante tuvo su papel en la comedia humana, y como un meteoro por el cielo pasó su vida sobre el haz de la tierra. El Oceano se reataca en sus ojos, y las espigas de los campos se rindiaban al rubio hermoso de sus rizos: y nadie al contemplar aquellos labios sonrientes y aquellas pupilas casi siempre cubiertas por las lágrimas, hubiera dejado de adivinar un corazón tan puro y tan bueno como debe ser el de los ángeles.



Aquella noche, estaba medio oculta en el quicio de una puerta, con la mirada fija en los balcones de la casa de enfrente, tiritando de frío y extendiendo su manecita helada siempre que se acercaba algún transeunte. Hacía frío, mucho frío: como que el viento silbaba en lo alto de las chimeneas y los árboles se doblegaban al peso de la nieve; pero ella no sentía los rigores de la estación y hasta olvidaba que no había comido desde hacía muchas horas, por contemplar desde su escondite los cristales de los balcones de enfrente, á cuyo través veía brillar las luces de elegante sala, niños que atravesaban jugueteando, y sobre todo, un árbol de Navidad cargado de dulces y regalos que tanto provocaban su curiosidad y sus deseos.

Ya eran las doce de la noche: la nieve seguía cayendo, y libres de la intemperie, al calor del más dichoso de los hogares, los dueños de la casa celebraban el nacimiento del Hombre-Dios con atractiva fiesta que alegraban las risas de los niños, los cantos de las jóvenes y los blandos acordes de la apacible orquesta. ¿Quién iba á acordarse de la pobre niña! Algún escuchó la voz que imploraba su caridad desde el escondido quicio de la puerta; alguno vió al pasar una manecita blanca que se le extendía ante sí como una

súplica elocuente y conmovedora; no faltó quién viera unos harapos que cubrían un cuerpecito débil y delicado, ¿pero quién iba á turbar su alegría con el recuerdo de estas miserias? Ella, en tanto, continuaba con las pupilas muy abiertas, fijas en el árbol que se doblegaba al peso de los dulces; seguía recibiendo la nieve sobre su desgarrado vestido, y mientras que una de sus manos se extendía implorando la caridad, la otra oprimía su corazón que con inusitados movimientos, parecía querer saltársele del pecho.

## II.

Muy bien observó que la puerta, girando sobre sus goznes, dejó escapar un rayo de luz que la bañó toda entera. Habían llamado á ella dos bultos: eran una señora y una niña; una niña como ella, de su misma edad, su mismo cuerpo, el mismo timbre de voz cuando dirigía la palabra á su acompañante. ¿Irían á la fiesta? Seguramente. ¿Dichosas ellas que iban á ver ese árbol que tanto la fascinaba, y á abrigarse en aquella atmósfera que tan tibia debía sentirse!

—¡Una limosna por el amor de Dios! murmuró tendiendo la mano á la niña.

—¡Vagamunda! oyó que le dijeron con aspereza.

Y la niña se volvió á hablar con la dama que la llevaba.

—Mamá, ¿me regalarás una muñeca?

—Sí, hija mía, y tendrás también confites, y pasteles, y juguetes, y cajas que el Niño Dios dará á los niños que son buenos como tu lo eres.

Sólo esto oyó, y algo como un peso sintió en su corazón, y no pudo ver el árbol como lo estaba viendo, porque sintió qué sé yo que se atravesaba ante sus pupilas, que nubló su mirada y que como caliente lluvia humedeció sus párpados.

—¡Mamá! dijo ella como hablando consigo misma, ¿que será eso? Yo nunca la he tenido ..... ¡Ah! debe ser algo bueno..... ¡Mamá! ¡mamá! ¡Si pudiera yo tener una!

Y lo que sintió como lluvia que humedecía sus párpados, cayó resbalando por sus mejillas, y fué á parar á sus labios que lo recibieron entreabiertos y temblorosos.

—Los niños buenos tienen regalos que les dá el Niño Dios esta noche..... Yo no tengo nada. ¡Debo ser una niña mala, muy mala!

Y al decir esto, sus párpados se cerraron, como si se doblgasen al enorme peso de las lágrimas.

III.

—¡Pestañica! ¡Pestañica! Ven: que el árbol ya va á apagarse y no quedarás sin juguetes ni regalos. ¿Qué deseas? ¿Una muñeca? tomarás la más hermosa de todas. ¿Una caja de dulces? Escoge la más llena y la más adornada. ¿Un pastel de los que aquí miras? toma el que sea más de tu agrado. Ven, Pestañica, hija mía, que el Niño Dios también te manda regalos desde el cielo.

Esto oyó que le decía la señora que había entrado con la niña que la rechazara, y como por encanto se encontró en aquel salón que tanto había despertado su curiosidad. Al fin estaba cerca del árbol. ¡Cuántas luces! ¡Cuántos regalos! ¡cuántos niños que le decían hermana! Y sobre todo, ¡qué aire tan tibio la acariciaba y hacía oírse el llanto que había surcado sus mejillas!

La señora estaba cerca de ella, y la niña que la había despreciado, la abrazaba con tenaz empeño.

—Tú serás mi hermana, le había dicho.

Ella sonrió y reclinó su cabeza sobre yo no sé qué, que le pareció el regazo de una madre.

¡Sí! ¡era una madre! Sintió que acariciaban su cabeza, que componían sus rizos desordenados, que le daban besos en las mejillas, que la llamaban hija y la calentaban con abra-

zos. Un dulce sueño se apoderaba de ella: sus párpados se cerraban al calor de tan grata atmósfera; sus miembros fatigados descansaban al fin en algo que la obligaba á abandonarse ..... ¡Oh, qué feliz era!

Ecos suavísimos de orquesta llegaban á sus oídos: cánticos que sólo en el cielo podían oírse: armonías misteriosas que más y más la sumergían en el más dulce de los sueños. Y ella sentía que *su madre*, la señora que la tenía en sus brazos, subía, subía con ella sin dejar de estrecharla; la besaba como tibio ambiente en sus mejillas, y elevándose por el cielo la llevaba por una atmósfera que la producía un bienestar inexplicable y que la hacía sonreírse con delicia.....

#### IV

Había un grupo de curiosos junto á la puerta de una casa, mientras que en la de enfrente se oían los últimos rumores de una fiesta, y se veían salir individuos perfectamente abrigados que arrojaban una mirada de indiferencia sobre los curiosos, y se alejaban tiritando á lo largo de la calle.

Aquellos curiosos se inclinaban al suelo y contemplaban un objeto que se hallaba cubierto por la nieve, en el mismo quicio de la puerta.

Apenas comenzaba á haber claridad: cuando salió de la casa de enfrente una señora con una niña en la mano, la luz matinal enviaba sus primeros rayos sobre el nevado suelo de las calles. La señora se arrebujaba con rico abrigo de pieles, y la niña apenas soportaba el peso de cajas, regalos y muñecas de todas clases y tamaños.

El grupo de curiosos se había abierto, y madre é hija se dirigieron á él movidas de curiosidad.

—Mamá, exclamó la niña, ¿qué no es la muchachita que nos pidió anoche una limosna?

La señora se estremeció y apretó el paso obligando á su hija á hacer lo mismo, mientras que alguien de los curiosos exclamaba:

—Sí, es la Pestañica que se ha muerto de frío pidiendo limosna: la nieve cubre su cabeza, parece que besa sus mejillas; se inclina en la puerta como si estuviera en los brazos de su madre..... ¡Pobre niña! Y parece que goza de un bienestar inexplicable, como que están sus labios sonriendo con delicia.....





## Preludios de Invierno.

A José I. Novelo.

La parda bruma, en su girar incierto,  
cuelga su encaje y lánguida se mece,  
y está el trigal tan mustio que parece  
tosco sudario cobijando á un muerto.

A los desnudos álamos del huerto  
se agarra el heno que en las ramas crece;  
y en la montaña sin verdor, fenece  
de las palomas que huyen, el concierto.

Aun quedan hojas verdes que prendidas  
en lo alto de los árboles, secreta  
canción sollozan por el eierzo heridas:

Mientras se arrastran en corriente inquieta  
las que ya se han secado, las caídas.....  
!las ilusiones que lloró el poeta!



## UNA TRAGEDIA.

Al Sr. Lic. Francisco A. Noyola.

Roto el plumón, el ala ensangrentada,  
por la saeta voladora herido,  
llega espirante al apartado nido  
donde está su paloma enamorada.

Llora la pobrecilla acongojada  
al mirar á su amante, que abatido  
quírela revelar lo que ha sufrido,  
y la envuelve en la luz de una mirada.

El corazón de los amantes gime  
al compás de la sangre que gotea  
y que ella en vano restañarle quiere:

Y al ver que aun hay quien con su amor le anime,  
temblando él de pasión, cucurruquea,  
y bate el ala, y satisfecho muere.



## El origen de un cuento.

A MELCHOR GARCIA ROJAS.

Alguien, me dijiste una vez, [y aquí pronunciaste el nombre de un escritor jalisciense que reside en la actualidad entre nosotros] asegura que tu cuento *Como se causó San Pedro* es de Ricardo Palma.—Decirme esto y buscar las obras de este ilustre autor peruano hasta encontrarlas, fué cosa del momento. Ahí me convencí de que efectivamente, existe una tradición de este autor basada en el argumento de mi relato. Como debes suponer, me apenó que alguien creyera que yo me vestía

con trajes ajenos, cosa extraña á mi carácter, pues lo que firmo, aunque malo, es de mi cosecha, por más que el fruto sea raquítico y sin sazón alguna.

Una cosa me halagó, y la hago notar porque así me conviene, y es que la primera edición del tomo de las *Tradiciones Peruanas* que Ricardo Palma llama *Ropa apolillada* y que es donde se encuentra el cuento, fué, según reza el prólogo ó *Despedida* que Palma pone al frente de la edición que yo consulté y que es de 1896, impresa en 1891, y muy á principios de este año, en *El Correo de San Luis*, que dirigía entonces Manuel Puga, publiqué por primera vez el cuento que da origen á este mal pergeñado escrito; esto es, cuando aun no era conocido aquí el libro del poeta limeño. No fué pues un plagio á Ricardo Palma, ni Ricardo Palma es tampoco el autor del cuento: el autor del cuento es el eterno soñador, el admirable legendista, el trovador desconocido que ha encantado generaciones enteras con sus tradiciones y cantares y que se llama *el Pueblo*. De esta fuente bebió Ricardo Palma su *Contra pereza diligencia*, como yo al mismo tiempo escribía mi *Como se causó San Pedro*. El argumento es semejante, la moraleja la misma, pero la forma que le dimos ambos es muy distinta.

Yo oí esa anécdota de boca de mi anciano padre hace más de veinticinco años; mi padre sin duda la aprendió de un libro titulado *Semanario Artístico*, impreso allá por los años de 1858, y en donde se hallaba esta narración condensada en unas líneas que no llegaban á cincuenta. Me agradó el fondo moral que encierra y le di la forma que tu has visto.

Ahora bien, ¿puede ser esto un plagio? Creo que no, y me atengo á autores tan respetables como Valbuena, el famoso autor de los *Ripios*, que no se ha desdeñado en formar un volúmen de cuentos que corren en boca de todo el mundo, y á los cuales él ha hecho suyo revistiéndoles de largo y muy decente ropaje; me atengo al castizo escritor Padre Coloma que ha publicado su *Historia de un cuento*, su *Porrita Composte*, su *Camisa del hombre feliz* y otras, basadas en narraciones puramente vulgares; me acojo á D. Antonio de Trueba, el más sencillo de los cuentistas españoles, que ha dado forma literaria á las inocentes tradiciones de su tierra, y al mismísimo Ricardo Palma, de cuyas *Tradiciones Peruanas* la mayor parte son creaciones populares presentadas por él con el delicado ropaje que ha sabido darle su magnífica pluma.

Así, pues, yo espero que á ese *alguien* que me has nombrado, digas con la socarra que

acostumbras:— Amigo mío, el cuento que vd. atribuye á Ricardo Palma no es de él, ni de Arsenio Elías; (1) su autor es más grande, más fecundo, más inspirado, se llama..... Pueblo.

(1) Este es el seudónimo que ha usado el autor en la mayor parte de los cuentos que forman este tomito.





## Como se canso San Pedro

—Ya el campo huele á tomillo y las cabri-llas saltan alegremente. Andad, perezosos, que la faena es larga, y no pidáis cuento por la tarde si no la habéis dado fin hasta terminarla.

Así diciendo, arrastró el tío Juan sus buechuelas por el suelo, tomó el camino de la granja y fué á sentarse en las raíces que rodeaban el tronco del añoso encino.

Vió desde aquel improvisado asiento perderse el último pájaro del bosque; oyó la postrera queja del ganado, sintió que desaparecía de su frente el suave calor del último rayo del sol del campo y descubrió su desnuda cabeza para rezar las oraciones.

—¿Aquí estáis ya, hijos míos?—dijo cuando

se vió de pronto rodeado por cuatro mocetones á quienes no faltaban ni vigor ni buena ley para el trabajo.—Pues hombre soy que sabe cumplir lo que promete y preparaos para oír lo que no os importa. Pero antes, Antonio, toma ramas para tejer estera; tú, Juan, traete á *Dragón* para que forme corro con vosotros; Andrés llenará los cestos de uvas y fresas, y Ramón hará partes, que como más pequeño más comodidades le pertenecen.

Que cada uno haya cumplido con su encargo, es cosa que á juicio del lector dejo, pues sabido es que muchacho ganoso de descansar acaba la tarea más pronto, y cuando aquellos cuatro pares de ojos se clavaron en los párpados medio cerrados del anciano, éste tomó las frutas y las entregó al rapaz diciéndole:

—Anda, granuja, y reparte esto entre tus hermanos; pero cuidadito con desperdiciar las uvas, que las uvas son bendición de Dios y por ellas San Pedro no se fué tan pronto al cielo.

—¿Qué decís, abuelito?—á una voz preguntaron los buenos mozos.

—Lo que oís, diablillos; y si tanto os interesa saber cómo se cuenta eso, abrid las orejas, que no las tenéis chiquitas para oír necesidades.

—Sabéis cómo quema el sol del Verano en tierra á la hora de la labranza? Pues

más lo hace á la misma hora en las regiones por donde Cristo se empeñó en predicar el evangelio, y mirad que para que Jesucristo lo sintiera.....

—¿Lo sintió, padre grande?—preguntó el rapaz abriendo los ojos con asombro.

—Sí que lo sintió aquella tarde á que se refiere esta aventura; caminito de Galilea en el caballo de San Francisco y sin más compañía que el portero futuro de los cielos, iba cruzando arenales inmensos y desiertos calientes donde ni una mala palma podía ofrecerles sombra; como no había palmas tampoco se encontraban dátiles, y sin agua y sin alimento, ya podéis comprender lo mohinos que andarían los buenos caminantes.

—Pedro ¿ves algo?—dijo de pronto el Divino Maestro deteniéndose un poco para que lo alcanzara el viejo discípulo que á duras penas podía sacar los pies de aquellos montones de arena, donde los hundía á cada paso.

San Pedro no usaba anteojos y le era difícil distinguir de lejos; así es que poniéndose la diestra sobre las cejas á guisa de pantalla, solo pudo dar al maestro la consabida respuesta de la cuñada de Barba Azul á la mujer del mismo.

—No veo sino el sol que reberbera y el campo que reverdece.

Cristo se resignó y continuó la marcha sin inmutarse; pero su acompañante no era de la misma pasta y comenzaba á sentir demasiado el ardor del sol en la coronilla y el calor de la arena en las plantas, tan desnudas éstas como la primera.

Volvió á poco á detenerse el Maestro, y fijando su vista en el suelo, dijo á su discípulo señalándole algo que relumbraba en las arenas, ni más ni menos que si fuese un duro que alguien extraviara en aquellos desiertos.

—Inclínate, Pedro, y vé lo que brilla entre esas piedrecillas.

Por más que San Pedro fuese un santo, gustaba también de traer un cuarto en el bolsillo, así es que á las palabras de Cristo, abrió dos ojos como soles y clavó una mirada en el objeto indicado.

—Dejamos la suerte en casa, Maestro,—contestó con voz compungida como él solía hacerlo tan frecuentemente—y de nada me sirve andar contigo para no pasar trabajos. A fé mía que si fuese un duro.....

—Había duros en ese tiempo, abuelito?—interrumpió el rapaz mientras el tío Juan se remojaba los labios con la lengua.

—Calla y no interrumpas, chiquillo, que si San Pedro contestó de ese modo, el objeto que lo habló no sería otra cosa. A fé mía



que si fuera un duro—decía yo que él dijo—bien podría servirnos para otra ocasión menos desesperada que la presente. Maestro, lo que has visto brillar entre la arena, no es otra cosa que un pedazo de herradura.

—Recógela y guárdala, Pedro, que todo sirve en el mundo—repuso el Salvador recogiendo el manto para continuar la marcha.

—Nada más esto me faltaba—replicó el apóstol con nada dulce y amigable tono.—Ves que estoy viejo, causado, bien quemado desde la cabeza hasta los dedos, y quieres que me ocupe en inclinar mi cuerpo para recoger un pedazo de hierro enmohecido.

Nada objetó Jesús á las palabras de su futuro llavero, así es que él fué quien se inclinó, recogió la herradura, la limpió con cuidado y continuó pian pianito la marcha hacia la ciudad donde deseaba pernoctar para seguir en sus predicaciones.

Pero el sol proseguía en la ingrata tarea de quemar á San Pedro la coronilla, y este buen viejo ya estaba á riesgo de negar á Jesús antes del consabido canto que le hizo verter lágrimas como perdigones, cuando por fortuna distinguieron ambos una choza que se levantaba en medio del camino.

—Loado seas tú, Señor, que te compadeciste de tu siervo. Quizá en esa choza haya una

alma caritativa que nos apague esta sed y nos calme esta hambre que nos devora—dijo el apóstol disponiéndose á echar á correr para llegar más pronto.

Pero la suerte la habían dejado en casa, como el mismo discípulo lo había dicho, así es que al llegar al punto deseado se encontraron con el banco de un herrador sin trabajo, y que por ende se moría de hambre como ellos.

—Nada tenéis que darnos de comer y beber, buen hombre?—dijo Jesús mientras se sentaba en un tronco de árbol que servía de mesa, silla y algo más al solitario habitante de aquel lugarejo.

—Nada, Señor—replicó el herrador bien afligido—lo único que me sobra es un racimo de uvas, pero ese no lo vendo sino á buen precio.

—Querriais cedérmelo en cambio de esta herradura?—preguntó Jesús presentando su hallazgo al obrero.

—Tomadlo en el acto—contestó este—que una herradura para un herrador, oro molido es indudablemente.

No bien oyó esto San Pedro, abrió tamaños ojos y extendió la mano esperando la parte que de las uvas le correspondía, pero el Maestro se levantó, sacudió sus vestiduras y echó andar por delante como si tal cosa.

—Esta si que es buena!—se dijo el apóstol contrariado y siguiendo á Jesús con un humor de perros— yo le acompaño, me causo más que él, sufro ayunos que no son para contados, y cuando consigue algo, no me dá la parte que por fuerza me corresponde.

Ya comprendereis que Cristo venía oyendo estos razonamientos que solo en el pensamiento se hacía San Pedro, y no comiendo él las uvas las dejaba caer al descuido para que su discípulo las recogiera.

A la primera que cayó, el portero en ciernes se abalanzó sobre ella con tal violencia que por poco cae en el suelo; á la segunda iba á derribar al Maestro; á la tercera perdió el equilibrio y fue á dar sobre un resto de palma seca, á la cuarta habiéndosele escapado de los dedos, la fué siguiendo más de diez pasos.....

—¿Lo ves, Pedro?—díjole entonees Jesucristo volviéndose á él con aire de justa reconvención—rehusaste inclinarte una vez para recoger una herradura y lo has hecho más de cien para no dejar escapar las uvas que se me han caído. ¿Que vale más, trabajar una vez ó cansarse por muchas?

San Pedro comprendió la lección, y no soltó ahí las de su nombre por que aun no era tiempo para ello, pero se avergonzó á tal

grado que dejó que Jesús tomara la delantera, y no llegó hasta donde él se hallaba sino cuando el Maestro ya estaba descansando con sus demás discípulos.

Y entró por un callejón dorado.....

